

El Dolor Invisible

Nunca me golpeó,
pero su silencio me envolvía como un manto helado,
dejándome días sin palabras, sin un “cómo estás”,
y luego, sin aviso, volvía como si nada,
como si mis lágrimas fueran invisibles,
como si mis heridas no existieran.

Nunca me golpeó,
pero un día era calor, brazos que abrazan,
y al siguiente, un muro de hielo imposible de romper.
Era el amor y el desdén en el mismo gesto,
la sonrisa que escondía un vacío donde yo me perdía.

Nunca me golpeó,
pero sus promesas eran hilos invisibles,
me ataban a una esperanza que él creaba y destruía.
Eran palabras dulces, tan dulces y tan mentirosas,
me hacían quedarme cuando mis pies pedían correr.

Nunca me golpeó,
pero en su mirada me volvía pequeña,
“Estás exagerando”, decía,
como si mis sentimientos fueran fantasmas en mi mente,
como si mis pensamientos no merecieran voz.

Nunca me golpeó,
pero nunca admitía su error,
y yo cargaba con culpas que no eran mías,
doblandome bajo el peso de su negativa,
aprendiendo a dudar hasta de mi reflejo.

Nunca me golpeó,
porque no necesitó hacerlo para herirme.
Cada silencio era un grito que nunca oí,
cada promesa rota era una herida sin sangre,
cada invalidación, una cicatriz que no veía.

Nunca me golpeó,
pero su indiferencia calaba tan hondo,
que mi alma se quebró en fragmentos invisibles.
Me enseñó a ser invisible,
a temer mis propios pensamientos,
a callar en la esperanza de un cariño pasajero.

Nunca me golpeó,
pero cada día me arrebatava algo,
una sonrisa, una risa, una parte de mí misma
que nunca supe que iba a perder
hasta que fue tarde para recuperarla.

Nunca me golpeó,
porque las heridas que me dejó no se ven,
pero las siento aún en el alma y en la piel,
ecos de un amor que fue prisión disfrazada,
un amor que fue puñal sin filo,
un amor que nunca fue amor,
sino una sombra disfrazada de luz.